



FEDERICO II.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la literatura lírico-erótica de los provenzales.

A mi caro amigo Pepito Palet y de Villaba,

ANTONIO.

ARTÍCULO SÉTIMO.

PRÓLOGO.

EL ELEMENTO RELIGIOSO EN LA LITERATURA.

Tóranos hoy, según lo indicado en el artículo anterior, bosquejar los elementos constitutivos de la literatura arábigo-oriental y de la literatura de Provenza, con objeto de averiguar qué puntos de analogía ó semejanza existen entre ambas. Tres caracteres generales ofrece desde luego á la consideración del crítico la literatura de Oriente: caracteres que se manifiestan tales en nuestro suelo.

Es esta literatura ante todo religiosa, creyente.

El augusto nombre de Allah, que aun resuena bajo las espléndidas bóvedas de un cielo sin nubes; que se siente rodar en ondulaciones sin fin por la inmensidad del desierto; que alienta á las caravanas en sus silenciosas peregrinaciones, y al nombre del cual encuentra el perdido viajero hospitalidad y amparo: este augusto nombre de Allah, que se oye murmurado por la brisa de la noche, por el ruido monótono de las olas del lago que mece sus aguas á compás, y se eleva, canto de melancolía, nocturna plegaria al través las esferas celestes; este augusto nombre se cierne risueño como la imagen del amor, grato como la idea de la esperanza, sobre todas las páginas de aquella literatura.

Allí no se ve como en otras literaturas, la imagen del hombre, espectro descarnado y pavoroso, cruzar por medio de todos los hechos de nuestra existencia, de los sentimientos que brotan en nuestro corazón, de las ideas que atormentan febriles nuestra mente y verter sobre ellos, la duda, la negación, el especho, la muerte. No se divisa

allí la idea humana, fría y desconsoladora, luchar altiva con la idea divina, pretender sujetarla á su humano criterio, pretender vencerla y humillarla y alzar sobre sus ruinas el pendón de una filosofía insensata.

No se vé, por fortuna, en aquella literatura que brota fecunda de un suelo vírgen; en aquella civilización basada toda en continuas, en fervientes aspiraciones religiosas; en aquella ciencia que se muestra togéna revelando por do quier la idea de un Dios creador; en aquel arte que es la purísima expresión de la belleza que mana del candoroso sentimiento del árabe; en aquella naturaleza, en fin, que por sus condiciones especiales de majestad y grandeza refleja en todos sus modos la idea de la Divinidad; no se vé en esa literatura oriental al hombre limitado en sus obras; reemplazando en el mundo de la idea y en el mundo de los hechos, lo que únicamente al propio vivificador de la razón creadora, de la mente divina, cobra vida, animación, movimiento. Siéntese, por el contrario, todo lo que tiene de grato y consolador para la humanidad, ver su razón, limitada é imperfecta, enlazarse á la razón divina, perfecta é ilimitada, y ayudarse de su poder, ó para visitar las eternas escalas donde aquella asienta su trono en medio de celestial armonía, ó para recorrer la tierra donde su imagen se refleja á cada paso, donde se cuentan sus manifestaciones por el número de los seres que encierra.

Cuando el hijo del desierto se duerme al arrullo acariciador de sus auras; cuando despierta al matutino rogar del león que saluda á la aurora ó al rápido correr de la gacela que cruza la llanura; cuando mide en su lento caminar la extensión del ilimitado desierto; cuando la pena invade su corazón y le atormenta en larga melancolía; cuando el placer agita su mente, ó el amor le mece en fantásticas ilusiones; cuando llora triste porque la cadena de la vida se ha detenido un momento, porque de ella se ha destacado, hoja seca que el viento de otoño arranca del árbol, uno de los seres amados que la forman; cuando canta amoroso á la sombra de esvelta palmera que ondea sus ramas á compás de sus clamores; cuando vive feliz ó sufre resignado en el apartado silencio de su modesto aduar, el árabe, el hijo creyente de profeta, invoca á Allah, confía en Allah, eleva á Allah su ardorosa plegaria. Al invocar el nombre de Allah, cuya sombra vé sin cesar

vagando majestuosa por el ámbito del desierto, siente consuelo en su dolor, alivia en su pena y apacéscense los sombríos celajes del cielo de su melancólica iridisción de brillantes colores.

Al favor del nombre de Allah, siente el árabe agrandarse su corazón, abríase expansiva su mente á impulso de una idea creadora y brotar fecunda manantiales de sublime, de tiernísima poesía.

El sencillo habitante de las playas orientales, al ver como herosó dicho, reflejarse en los puros celajes del cielo que contempla la imagen de la Divinidad; al oír su palabra que le trae el consuelo de la brisa ó el perfume de las flores del lejano valle; al escuchar su voz murmurada por las olas del mar ó por el concierto nocturno de las esferas, ó por las voces misteriosas que se oyen durante la calma de la profunda noche; cree, espera, confía, se siente feliz, tiene fe en la dicha presente y fija su mirada en próxima, en cercana ventura. Creyéndose rehén de el habitante del desierto, el viajero que cruza el espeso valle de la vida, planta su tienda para un día tan solo y no cree vivir sino el tiempo que tarda el sol en trazar su sendero. Al terminar la jornada, el árabe cierra, como la flor, la corola de su existencia y se duerme al blando arrullo de sus auroras, en brazos de la esperanza. Piensa que está seguro de arribar al puerto con tempestad ó con calma, deja la nao de su vida rápida su existencia al capricho de las olas, á merced del primer viento que sopla. Mientras en corto viaje, cuando el viento ha cesado, cuando la nao se ha detenido en medio del océano, se ha inclinado sobre los remos y cantado lo triste, lo amargo, de eso que nosotros llamamos vida y que no es mas que una cadena de males, cuyo último eslabón toca á la muerte. Entonces ha raudado la soledad, que por doquier nos rodea en medio del mundanal tumulto; lo efímero, lo mentido de nuestra felicidad, en pos de la cual corre el hombre presuroso, siendo amarga decepción cada paso que dá en la carrera; el vacío que deja el placer, el hondo surco que en nuestro corazón traza el dolor, la duda peqúñita que asalta la mente; lo sensible que es una ilusión perdida, una esperanza largo tiempo acariciada, el eclipse del rayo de luz que alumbraba lo oscuro, lo siniestro quizás, de nuestros pensamientos. Entonces ha dicho cuán cierto es que en esta morada de pesares el dolor sucede al dolor, la aflicción á la aflicción, como el día sucede á la noche; que cada sonrisa de alegría se trueca pronto en una lágrima de tristeza; que ese fugaz instante de placer que ahora saboreamos será el dardo que luego desgarrará nuestro corazón. Ha dicho, en fin, que no es brillante claridad sino oscura sombra la luz que envuelve nuestra mente; que son falsas verdades las verdades de los hombres; que son mentidos ensueños sus aspiraciones de felicidad presente; que es su vida toda una locura, un delirio, un frenesí. Cuando ha dicho todo esto, el árabe ha besado su canto, ha rotó para siempre las cuerdas de su lira y reclusándose de nuevo sobre su barquilla ha prosiguido silencioso su camino.

Mas cuando se ha acercado al término de su viaje; cuando ha creído divisar á lo lejos el puerto anhelado, ha sacudido la túnica del dolor que le envolvía en negras pléguas, y nuevo cisne, ha entonado su postrer canto á la tierra, su último adiós á las orillas del lago de años media su existencia. Y su último adiós á la tierra, su canto postrero, lejos de ser un adiós de amargura y de despecho, un adiós cruel dado en medio de los trances de sombría desesperación, un canto fúnebre y pavoroso, han sido un adiós lleno de sentimiento y de ternura, un canto inspirado, sublime, un canto de amor, de esperanza.

En la literatura árabe el poeta y el sacerdote se han confundido como en los antiguos tiempos.

Ambos han fijado á la par su mirada en el cielo y en la tierra: ambos han visto en el mundo un templo, en la tierra un altar y vagando por el espacio, y llenándolo todo, la sombra de grata, de adorada divinidad. Ambos han reconocido sus inmensos atributos, sus infinitas maneras de manifestarse á la mente del hombre, los beneficios que le dispensa, las gracias que le atrege benigno, y los personales cuidados con que incesantemente le rodea. Ambos le han ofrecido por ello, en justo tributo de respetuosa admiración, en homenaje de sincera gratitud, el puro sacrificio de nuestro corazón, el pensamiento que agita la mente de la humanidad. Ambos han templado su inspiración al fuego de sagrada poesía y se han dirigido á sus semejantes para arrojarlos á sus locos placeres, á sus ilusorias aspiraciones, á sus mentidos ensueños de felicidad presente, al estado de locura, de frenesí, en que vive y se consume. Ambos le han hecho bueno, religioso, creyente. Ambos han apagado el viento de la duda que secaba su corazón y le hacía estéril, cual flor que crece en desierto arenal. Ambos han sustituido á esas ilusiones fantásticas que acariciaba risueño, y en cuyo aéreo océano dejaba indifere te vagar espíricosa ó fatal la nao de su existencia, otras ilusiones mas bellas, mas hermosas, mas reales; á esos febriles ensueños que ardeba nublada mente en su turbulenta alegría, otros ensueños mas placidos, mas tranquilos y serenos. Ambos en fin, y esto es lo mas importante, lo mas consolador para nosotros que vivimos, ó mejor dicho, que sufrimos disiparse nuestra vida, ajatrá lentamente y marchitarse info-

conda la flor de nuestra existencia, amóndos la luz nuestra en una serena ventura, una misteriosa dicha oculta en el fondo del sufrimiento, en el apartado silencio de cristiana soledad, en medio de las sombras que pueblan fantásticas el sagrado recinto, y é donde á la opaca luz de las lámparas que cuelgan ó á los plácidos reflejos de la luna que penetra al través los pintados cristales, se dibujan por entre sus bóvedas, vagas, extrañas, ambígonas figuras. Lugar de incesante reposo donde el alma acude á olvidar sus pesares, las amarguras que la aquejan y que no menos doliente que el aspecto de un cadáver y el silencio de la tumba, habla al corazón un misterioso lenguaje. Lugar de quietud donde el alma se pierde en estática oración, en ardiente plegaria y camina en alas de un amor que nada tiene de humano, en busca de luz y consuelo, en pos de desconocida paz, de inenarrable ventura.

¡Qué inmensa distancia, pues, entre el poeta religioso, creyente, lleno de respeto y entusiasmo hacia los objetos que todo un pueblo adora, hacia las santas ideas que forman á la vez la religión de su mente y de su corazón, y el poeta escéptico, indiferente, impío, tan solo lleno de fe en los gozos materiales, en las groseras sensaciones de la vida, en el brusco tránsito del desesperado dolor á la febril alegría! ¡Qué inmensa distancia entre aquel que todo lo vé en Dios y el que todo lo considera en el hombre; que gasta todo el brillante fuego de su imaginación, toda la rica poesía de su mente, en discutir insensible sobre la dudosa existencia del primero, y en caso de existir, sobre los modos también dudosos de manifestarse, y afirma resuelta la problemática existencia del segundo, la fuerza de su poder, la grandeza de sus virtudes! ¡Qué inmensa distancia entre aquel poeta de Arabia que siente su corazón animado por el fuego de divino amor, y su mente alentada por perpetua tendencia á lo infinito, por la fe en sublimes verdades, en elevadas concepciones, y este otro poeta de la moderna Europa que levanta el mismo el viento abrasador de la duda que agosta impío la flor de su existencia y le deja ya, en su temprana edad, solo, aislado, encerrado en el estrecho círculo de su personalidad, rodeado de ignorancia y espanto envuelto en aterradora tinieblas!

Si las creencias religiosas, si la fe en una sanción futura que restablezca el equilibrio moral de las acciones humanas, equilibrio en este mundo desconocido; si la esperanza de un bien vagamente anhelado, de una felicidad tan solo columbrada á lo lejos, de un consuelo que nos falta cuando sucumbimos al dolor; si la creencia en que suele menguarse nuestra imaginación de una morada menos triste que la presente, de un mar menos tormentoso que aquel sobre el cual vaga nuestra existencia, de un puerto mas seguro que el que se divisa en el cercano horizonte; si todo esto es una ilusión, una mentira, un sueño, dejádselo por Dios; no desgarréis atrevidos el velo que cubre sus ojos, no apartéis de su vista el duro prisma que tanto lealtras, que fante le balaga y entrelinea: dejadla compasivos su ilusión, su mentira, su sueño: es una ilusión que le sonríe, una mentira en pos de la que camina feliz, un sueño que le hace en gratos pensamientos. Si, lo que no es posible, al desaparecer la ilusión, al despertar de su sueño, el torar la funesta realidad se aliña y desespera, al menos no tendréis vosotros el amargo sentir de haber anticipado su dolor con un temprano desengaño: no habréis hecho que, tocada la realidad antes de tiempo, traspase sus consentidas esperanzas en sombrío despecho y agote para siempre las fuentes de inspiración.

Es una verdad, á la par filosófica estético y literaria, que el corazón solo, que solo el sentimiento inspira la mente del hombre y la hace rica, fecunda, inagotable. Del corazón solo, como los rayos del foco de luz, como el embalsamado perfume del cáliz de las flores, como multiplicados nacuculos de copioso manantial, como natural consecuencia de incesante principio, del corazón solo parten los raudales de toda poesía, las fuentes de toda inspiración, los rayos de toda claridad.

Nosotros no concebimos una poesía ficticia, un arte compuesto, una inspiración fría, matemática, raciocinadora. La poesía artificial, trabajada, resultado de penosos esfuerzos, de largas elucubraciones, no es poesía sino en la forma, en la metrificación, en el ritmo. La verdadera poesía, la que brota de un pecho fecundo, como dice Juvenal, de unos labios puros, como añade Fenélon; la verdadera creación, como la verdadera elocuencia, como el verdadero coste, no nace de la cabeza; no; no se origina de la idea que todo lo examina y discute, que todo lo resuelve y comprueba, que ejerce sobre todo las minuciosas operaciones de la lógica severa, que existe en fin sobre todo el frío soplo del análisis. No nace de la idea, porque la idea pura es abstracción, raciocinadora, filosófica y como tal satisfactoria para la inteligencia, pero siempre desconsoladora para el corazón.

Si lo que constituye la verdadera inspiración, el verdadero arte, es el corazón, el sentimiento que todo lo agranda y anima, que lo eleva y purifica todo, que hace al hombre poeta y creador, nosotros preguntamos qué que fecunda manantial, de qué foco de luz recibe á su vez el corazón del hombre su inspiración, su fuerza creadora, su pureza, su santidad, su dignidad? ¿En dónde recibe ese bello conjunto, esa preciosa amalgama de dignos, de nobles y elevados sentimientos, únicos

capaces de originar la inspiración, de derramarla abundante en la apartada esfera de la mente humana? ¿Ah! fuerza es decirlo muy alto por mas que se nos tache de fanáticos ó fanáticos: que resuene en nuestros oídos á cada paso, que se pueril fundir, insensata imitación, sentir y creer las verdades religiosas. Fuerza es decirlo en un acento como el nuestro en que dorman con tiránico poder la filosofía de allende el Rhin, esa filosofía de razón pura, de orgullosa subjetividad, de caparibosa especulación, que tiene por príncipe apóstol á Manuel Kant; esa filosofía singular y rca, que podrá decir mucho á la mente y tanto que llegue á confundirla, pero que á buen seguro nada hace al corazón. Fuerza es confesar la presencia de esa filosofía árida é inservida, propiamente de razón pura y á manera de contrapelo á la aserción total que pretendió hacer de nuestra alma, que, de los sentimientos religiosos del hombre, de sus creencias intuitivas, de su fé en verdades superiores y altamente consoladoras, mana sobre su corazón ese otro linaje de ideas y sentimientos que tanto le purifican y enaltecen. De la religión, de la fé, de la creencia en una vida futura no tan trabajada por el dolor como la que atravesamos; de una constante aspiración á lo infinito, á lo supremo ideal, á lo sublime, á lo que puede realizar nuestros juveniles ensueños de ventura; á lo que puede desagrar el velo que ahora se corre sobre nuestra inteligencia; y habiendo divisar nuevos horizontes de perpétua claridad, nuevos lugares de inalterable bienestar, de todo esto nace, lo repetimos sin temor, lo noble y bello que concierne nuestra alma, la grandeza y fecundidad de su inspiración.

Si es falacia que nosotros decimos; si no es más que una ilusión que acaricia nuestra fantasía, por lo grato, por lo poética y risueña, no intentaremos probarlo lo contrario. Nos placen sobremedura las ilusiones del corazón, porque sabemos bien que no nos engaña. Dejád-nos, por piedad, no exhaléis sobre ellas el viento de vuestra estéril negación. Si al abandonar la tierra, hemos de entrar en el mundo de la nada, queremos al menos entrar en él coronados las sienes de poética corona de ilusiones: menos sensible, menos penoso se nos hará el tránsito de la vida á la muerte, del ser á la nada, de la luz á las tinieblas.

Vosotros, que no habéis jamás sufrido; vosotros, cuyos ojos jamás he escalado el límite, vuestros, cuyas horas no ha marcado lentas y monótonas la aguja del tiempo en la esfera del dolor; cuya alma no se ha hallado una y otra vez envuelta en negro sudario de melancolía; vosotros en fin, que no habéis sentido más que á poco á poco descendiendo de la cadena de la vida los eslabones que la forman en medio de honda tristezza, de amarga soledad, de sombría desolación, de loco frenesí del dolor que rompe el alma y la desgarró; vosotros, que no sabéis sufrir, que no sabéis jamás apurar la copa de amargura, no comprendéis cómo en medio de tanta pena, de tanta aflicción, de tanto sufrimiento, se arroja el corazón del hombre en pos de una idea consoladora, de una idea de esperanza. Vosotros no entendéis cómo el hombre se dobla al pesar y no sucumbe; cómo se muestra resignado y sumiso al dolor. Vosotros no concebís esto. Cuando se turba el cielo de vuestra apacible felicidad; cuando veis las luces del destino apagarse, retirarse las comodidades, cesar poco á poco el ruido de la música; cuando veis que todo vuelve al silencio, que se extingue en vuestros labios la sonrisa, que se anubla vuestro frente y se corre sobre ella, frío y patético, el velo de mortal palidez; cuando todo esto veis; cuando todo esto sentís, pronuncéis una palabra de muerte, una horrenda palabra, y rumbal os despedís de la vida. Los ecos tristes de esa palabra gloriosa anudada se han confundido con los que no despertado están en vuestro cuerpo al caer sobre las losas de la sala del teatro.

Hé aquí, caro amigo, la razón por la cual si las creencias religiosas del hombre son ilusiones suyas, mentiras y engaños, que esto no puede ser, porque Dios no es tan cruel, tan hipócrita, que se complazca en burlarse de la sencilla humanidad y mostrarle en medio de la oscuridad de la noche de la vida, un punto brillante en el espacio, un horizonte que huya á medida que se acerque á él; hé aquí por qué si son ilusiones y mentiras, son al menos ilusiones gratas, placenteras, consoladoras, feroces; mentiras que halagan y entretienen nuestra fantasía; flores embalsamadas que orlan las márgenes de la vía que atravesamos; ensueños que nos mecen, cual nido de alcion sobre las aguas en medio de mil lujosos encantos, de mil prismáticos colores. Hé aquí porque no es oportuno, no conviene de ningún modo desengañar al hombre, si es que vive engañado, y hacerle creer que, flor del valle, cubido sólo el viento de la tempestad, le arranca al lugar de crece ó luzas, ó marchita, y agitando en momento en el espacio, se arroja luego lejos de sí y hace desaparecer para siempre. Hé aquí, en fin, porque si es de suyo ingratas la tarea de nuestra existencia; si es tan tempestuosa el mar por do navegamos antes de llegar al puerto; si tan amarga la copa de placer que acercamos á nuestros labios; si nada en la tierra nos contenta y entretiene; si nada llena nuestra alma; si todo es una cadena de males, un ramillete de flores que va deshaciéndose á medida que sobre ellas cae nuestra humana injuria; hé aquí porque no conviene, no, hacer nuestra labor suaves ingratas, mas desagraciada el tra-

bajo de la vida, mas tormentoso al océano que cruza la existencia mas pesada la cadena de nuestros males, más auguradas aun las flores que desaparecen á nuestra vista.

Si esto que decimos es aplicable á la vida moral, á la vida del corazón ¿no lo será también á la vida de la inteligencia? ¿No podremos aplicarlo á la vida literaria, á la vida del poeta? ¿No es verdad que el corazón inspira la mente y es fuente de toda verdadera poesía, como lo reconocemos nosotros los hombres del arte cristiano, como lo reconocieron igualmente los antiguos, como lo pronunciaron Horacio, Virgilio, Juvenal y los oradores y filósofos de este arte; no será verdad que, secado el corazón, agotada la fuente de los sentimientos religiosos, se agotará el intelectual que desde aquel corre déjese la inteligencia? No negaremos nosotros que la duda, el escepticismo, la negación, han producido grandes poetas; que poetas y escépticos eran Goethe, Byron y Espronceda. Pero mas que poetas de sentimiento, eran poetas de idea, elevadas inteligencias, fecundos ingenios, descañados tal vez, con fatales planetas, tropezando por no querer en su ciego curso y separando por no querer, brillantes meteoros, la luz, la claridad y el horror y el espanto. Eran poetas de idea, de razón; porque lénguan presente que así como hay poetas de sentimiento hay poetas de inteligencia; como hay una verdad, un arte, una filosofía, una ciencia de corazón y otra verdad, otro arte, otra filosofía otra ciencia de cabeza. No negamos nosotros esta, no. Lo que queremos decir es la inmensa distancia que separa al uno del otro; la grande oposición que existe entre los principios de donde para ambos nace la inspiración poética; los diversos resultados que para la elevación y santidad del arte, para la satisfacción y consuelo del hombre, para su progreso y perfeccionamiento social, nacen de la idea que sale del primero, brillante y esplendorosa, ataviada y bella, cual dama que va á entrar en el yugo de himeneo, y los que parten pobres y mezquinos, casi siempre rayos de oscura luz, de la inteligencia humana, astro que vaga perdido en el espacio, planeta que brilla ó se oscurece según de donde recibe el resplandor ó las tinieblas.

La distancia que señalamos es, incalculable, inmensa; no se barrará jamás ni se amenguará un punto por mas que á eso tiendan nuestros esfuerzos. Nace de hechos opuestos, de principios contrarios, cuya oposición y contrariedad siguen las leyes de la proporción, crece y se aumenta á compás del desarrollo que adquieren.

La idea que brota de la mente como motivo de inspiración, ó que mana de un sentimiento apagado, de un corazón que hace tiempo ha cesado de latir, de un alma livida y cadáverica, hecha cenizas por el fuego de febriles emociones, esa idea será una idea muerta también ó todo lo mas galvanizada por un supremo esfuerzo de nuestro ser. Será una idea de despecho, de encono, de muerte; idea que repugne y hastie que quemé y abrasé al contacto de su rápido pasar; idea pobre, mezquina, estrecha, que se hie en cosas pasajeras, en flores de un día, en un hombre, en una mujer, en un placer perdido, en una temprana misia arrebatada; idea limitada é ineluctada que lejos de animar nuestros esfuerzos para sufrir nuestros males, lejos de procurarnos alivio, lejos de satisfacer la ansiedad constante de nuestro corazón, de llenar el vacío que en él sentimos y apagar la sed de felicidad que le atormenta; lejos de esto, le muestra imposible la horrosa realidad de sus padecimientos, la certera de su amargura, la inferibilidad de su destino. Le persuade inhumana que en este mundo á un desengaño sucede fatal otro desengaño, á un pesadito pesar, á una lágrima otra lágrima y que en vano nuestro dolorido corazón busca ansioso en mejores monedas un consuelo á su pena; que si anublado está el cielo de nuestra terrestre ventura, anublado permanecerá sin que un rayo de luz venga un solo día á iluminarle.

Semejante poesía nacida de una idea muerta, herida al aparecer en el terreno del arte de esterilidad, desarrollada en medio de oscuras y á veces ignominiosas tinieblas, producto de un sistema de creencias que apellidaremos negativas, no llevará jamás su misión. Misión altamente preciosa, altamente fecunda y civilizadora que, como es de presumir, no es otra que la de elevar y purificar los pensamientos del hombre, enaltecer y santificar sus ideas, dar á sus sentimientos mayor fuerza y desarrollo, ensanchar por decirlo así sus facultades propiamente estéticas y hacer que por la contemplación, por el estudio y cultivo de la belleza ame lo bello, lo grande, lo sublime, se apasione de cuanto noble y elevado, ora en el mundo real, ora en el mundo ideal se manifiesta á sus ojos, lo contemple con alta y casto, lo cultive y estudie incesantemente y forme en torno á su alma tan preciosa atmósfera de belleza, que todas sus manifestaciones nos revelen la fecunda presión que sobre ella ejerce tan saludable y simpática atmósfera.

Esta es, caro amigo, esta es y no otra la misión de la belleza.

Este es el noble, bello, y tambien hermoso resultado del sentimiento religioso, considerada como elemento de arte en la literatura de los pueblos.

ANTONIO DE AQUINO.

LO QUE SE VE DESDE UNA TORRE CRISTIANA.

Gracias á ese átomo de civilización que desde la alcazarrilla de Atocha nos lleva en nueve horas á Alhacéla, en menos de viaticuatro se presenta á los fastidiados ojos del vecino de Madrid la pintoresca Murcia, reclinada desdeñosamente en el fondo de su huerta como una odalisca reclinada en los tapices de Persia del serrallo. La transición no puede ser más agradable, mas dulce al madrileño. De campos áridos, de flores artificiales, de aguas fétidas, de raquíuticos horizontes pasa en menos de un día á ver verdaderos campos con verdadera frondosidad, verdaderas flores que turban el sentido con sus penetrantes aromas, bulliciosas y cristalinas eflorescencias por todas partes, ora entregadas á sí mismas con toda la rotunda poesía de la naturaleza, ora, lo que es más frecuente, dirijidas por la mano del hombre en cauces, acequias y cañerías; y en fin horizontes que ensanchan el alma, unidos al cielo por la copa de las geliditas palmeras.

Ciudad ignorada, ó por mejor decir desdeñada: Murcia es un nuevo poco inesperado que trae el ferro-carril á las puertas de Madrid; porque pocas personas recuerdan que era uno de los centros más activos de la gente morisca, y ya estamos acostumbrados á no ver maravillas de sus artes, sino en Córdoba, Sevilla y Granada; Murcia, es verdad, no las encierra de mucho ni de poco precio. El cuerno de Amaltea no vicia aquí para los árabes sino frutas y flores, y á las provincias agricultoras dieron como entendidas la preferencia; pero le queda á Murcia todavía ese indefinible tinte árabe que ningún pincel reproduce; esa poesía en el cielo, esa voluptuosidad en el ambiente, esa melancólica alegría en las casas y en las calles; y le queda sobre todo á Murcia sus huertanos y su huerta donde se pasea todavía la sombra de D. Jaime el Conquistador; donde se oyen todavía los lastimosos gritos de los pobres jardineros, que acaso por ganar un sombrero colorado arrancó el duque de Lerma de su jardín y de sus flores.

Estas emociones á las puertas mismas de Madrid sorprenden y deleitan más, como hemos dicho, porque caen mas de nuevas. El que vá á Andalucía sabe que vá á la Marca meridional; antes de perderse entre las columnas de la mezquita de Córdoba, ha visto ya relucir la sacerdotisa cimitarra de Almoruz; antes de distinguir en el horizonte como una saeta, disparada al cielo el gallardo Giraldirillo, ha leído los versículos del Alcorán estampados en el friso del Alcázar de Sevilla; y antes en fin de ver las manchas de sangre de la marmórea pila, ha oído ya las cabezas de abencerrajes que cayeron en el patio de los leones de la Alhambra.

En Andalucía no sorprende nada; vá el viajero preparado á las maravillas, mientras en el jardín que baña el Segura no esperamos cristianamente hallar tan vivo el espíritu de los hombres que lo sembraron. Como que las flores si ólo se convirtieron en hojas secas que se llevó el aire; y los palacios y los templos, y las cortes de los califas resisten al furor de los siglos; pero estas flores moriscas deben de ser eternas, no hay duda alguna.

Cuando al anochecer de una tarde de junio sabe el viajero á la torre de la catedral de Murcia, ójala digna de la Giralda, y estudia el inmenso panorama que ante sus ojos se desarrolla, no son recuerdos poéticos los que se agolpan á su mente, no, es una ilusión de tal naturaleza que suprime los siglos y las conquistas, los reyes, los pueblos y las religiones, para creer presente lo que es triste pasado. Si entonces se fija el viajero por acaso en las cruces benditas que coronan las bóvedas laterales del templo, restriégase los ojos y cree que verdaderamente sueña, porque esperaba hallar la media luna.

El horizonte arde rátagas de color de naranja, ardiente del sol que acaba de morir, revelan al viajero que es el cielo de Africa el que le cobija. El ambiente viene impregnado en aromas salvajes ó doicidimos; ora vea los murmullos acres del mar, ora los cantos de los jugueros de la huerta, ora el olor de sus flores y de su bosque, ora en fin el tibio susurro de las aguas que como animadas de un espíritu inteligente se dirigen á regar lo que quiere el hombre que rieguen. El Segura, mártir de la bella campiña, sangrado por mil partes, explotado en todas, en ninguno libre, parece un esclavo que cubre con flores sus cadenas, y resume todos los susurros de las acequias y las cañerías en un suspiro profundísimo que llena el ambiente de melancólicas dulzuras.

A los pies del viajero está la ciudad tendida mansamente como banda de palomas, que vendida del calor se posaron bajo los árboles. El suave y voluptuoso silencio de las ciudades moriscas no ha huido de Murcia todavía, que aun estas poblaciones á las castellanas por lo tocante al ruido lo que el amor mudo de los besos y las caricias al amor estrepitoso de las serenatas y de las trovadas. La línea que separa al meridional del africano es en esto muy perceptible.

Fáltanle á Murcia monumentos árabes, ya lo hemos dicho, pero tiene en cambio, mirada á vista de pájaro, la economía más oriental

que pueda imaginarse. Parece que la emboza una capa negra, y es el piso de sus terrados que lo hacen con una tierra oscura. Esta igualdad, que en la perspectiva pudiera ser monótona, la alista pintorescamente la pared blanca que separa unos terrados de otros. Dicho sea entre paréntesis y sin tanto así de malicia: en ninguna parte se puede cantar con más razón que en Murcia aquella copla:

Es el amor terreno
tan poco firme,
que parece un cuerdo
de volatinos;
y en sus alrededores
parecen los amantes
volatineros.

Gracias á los terrados, en Murcia todos los amantes parecen volatineros. A cada paso desde la modesta torre de la catedral se ven cuando empieza la ciudad á envolverse en sombras, misteriosos bultos de figura humana, que saltando las paredes divisorias de los terrados recorren quizás una calle entera hasta reunirse con algun otro bulto femenino, en cuya compañía se apartan luego á un rincón donde los tenga Dios de su mano, que así la sangre hierve.

A estos terrados es costumbre que salgan á pasear las murcianzas á la caída de la tarde, con que ya se comprende la poética perspectiva que presentarán las casas á vista de pájaro. Pájanse en este terrado todos de colores, sientese esa aérea tertulia en mujeres almohadones, agréguesele un fumador de larga pipa, y como el atavío de las personas no lo alcanzan á distinguir los que están á Murcia la cristiana convertida en una población turca. ¿Quién creerá que en una catedral pueda pensarse tanto en Alahams?

Y á dicho tendrá por cierto el viajero que sea un tanto fantástico no distinguir los trajes femeninos, que ellos marchitarían su ilusión instantáneamente. Intolerable y humoroso anacronismo hacen en los terrados los insulsos vestidos que cubren los pies, los prosticos pañuelos de varejo, y los tocados mexquinos de tul, que con insufrible monotonía gastan hoy todas las damas moriscas; mas tambien para está diáspora encuentra el viajero compensación en la catedral de Murcia; pues un anteojo de larga vista le permitirá escudriñar los más recónditos sitios de la huerta, y reconocer á su sabor aquellas verdades que serpentean entre los árboles como culbras de nieve, aquellos caminos entoldados de verdura que parecen conducir al paraíso, y aquellas delanteras de las casas de campo donde bailan el domingo zagales y muchachos y trabajan entre semana todos los individuos de la familia.

En estos rostros y en estos trajes si que el viajero hallará ocasión para cruzar en la misma Morera como dice el vulgo. Los saragüelles blancos, que moriscos y moriscas usaban la ancha faja de colores vivos, que está pidiendo á voces una cimitarra, la camisola de gheura de jubon, la manta abigarrada y con abamares, que según las varias posturas y acciones era en nuestros moriscos equivalente á espá, ó tabardo, y en los viejos y graves á loba... ¿qué más? hasta la famosa *monteriquia* es indudablemente una degeneración de la cinta hebrea que usaban nuestras razas proscritas, ó de la esperuza que traían en los últimos tiempos las gentes castellanas, confundidas ya con sus enemigos. ¿Y el turbante, se dirá, el turbante que es prenda típica, característica del traje morisco? El turbante está compendiado tambien en la *monteriquia*. Las especialidades sabres de la huerta han hallado el modo de hacer mas monteras al revés de las de Sancho Panza, pues con poco peso abultan mucho, ahuecando la cabeza grandemente, y aun deben de ser mas anchas, pues con frecuencia llevan los huertanos debajo un pañuelo cañido, y entonces la ilusión es completa, ganas dan de llamarse Aben-zaid, ó Rucafa, ó Abdul.

Caminó del castillo de Montegudo, que son unas ruinas insustentables que trascienden á árabes desde legua, aunque el nombre se lo dieron los cristianos, español yo cierto disento con una pareja huertana que sin duda platicaba amores debajo de un limonero. De mediana estatura el galán, nervioso y retorcido de miembros, bronceado de rostro, pobre de barba, ardiente en el mirar, bullicioso en el sonreír, pintorero en la postura, amorosamente desmayado en los ademanes, relucía de puro limpio con su traje de fiesta. Blancos como el armiño sus saragüelles y su camisa, hacían resaltar de un modo admirable sus nervudas piernas y sus contorneados brazos. En su faja y en su manta, recién salidas de la calle de la Traperla, brillaban todos los colores del arco iris, y como la primera se acababa de estrenar, tersa y poco maleable, envolvía su cintura con verdadera profusión, desde mas abajo de las caderas hasta la tetilla. Soplaban además el levante húmedo de la huerta y llevaba para abrigarse estendida sobre los hombros la manta á modo de casulla. ¿Quién lo creería cristiano?

Ella, la huertana, aparte cierta palidez enfermiza muy comun en el país, pudiera pasar por tipo de la degenerada raza mora. No muy

alta, rebecada, de contornos redondos, abultada de pechos, cimbradora de tallo, fornida de piernas y brazos, con unos ojos negros como enliranes y unas caídas de pestañas amorosas, con unos labios un tanto livianos remangados, de color quebrada, y un cuello ni largo ni corto, pero admirablemente compuesto, cubría su cabeza con un pañuelo blanco, que solo se diferencia de las sábanas que usaron las moriscas en los flecos que casi arrastran. Mirado por detrás la huertana, nadie diría que aquello era un pañuelo. Completaba su atavío un vestido á media pierna que le dejaba ver desnuda, unos alpargates que son sandalias al pié de la letra, con galgas y grandes lazos hasta mas arriba del tobillo, y unas arracadas ó pendientes en verdad disformes, pues hasta los hombros le caían. Este uso es general.

Los que hayan leído cierto artículo que consagramos días pasados á la póstica historia de los *celes* y las *mantillas*, hallarán aquí un nuevo documento que apoya nuestras opiniones. El manto fué el primer grado de la degeneración de la climide; el manto español correspondía exactamente la sábana morisca; el primero, pasando por el rebecillo, ha descendido hasta las mantillas modernas; la segunda, menos degenerada, es hoy exactamente el pañuelo-sábana de las mujeres de la huerta. Prueba por cierto esta argumentación una cosa que nos favorece muy poco, y es que la raza morisca ha degenerado menos que la castellana.

Por las veredas de la huerta bajan los domingos á Murcia un verdadero aluvión de huertanas y huertanos así vestidos, que invaden la rindad como conquistadores. Entre semana, de lo que menos se acuerdan es de reunirse con sus semejantes. ¿Cómo será de numerosa esta población medio-salvaje y medio humana que en todo el reino se le llama la Rosía, si bien se la debia de llamar la morisca?

El género de vida que traen á orilla de sus acequias, medio hombres, medio salvios, recibiendo por adarme los rayos de un sol ardiente á través de un toldo de verdura impenetrable, las mas veces los hace ocasionados á crueles enfermedades, y les pone como es sabido, cuando soplan ciertos vientos, un humor de todos los diablos que da mucho que hacer á los jocos de primera instancia. Matan ó asesinan por un quitano allí esas pajus, y raro es el balle de la huerta en que no intervienen unos cayados muy gruesos de madera amarilla que todos gastan. Cuando esto sucede, á imitación de sus hermanos andaluces, empiezan por deshacerse de la guitarra, como si acabada la música debiera empezar el llanto.

—Quita las manos! gritan al tocador, blandiendo el rayado.

El tocador recoge pausadamente las manos en los balillos, y la guitarra queda sobre sus piernas á merced del cayado, que no tarda en darle un beso mayásculo que la hace callar para siempre.

Y empieza el vapuleo. Cada trazo deshace una cabeza.

Aquí no hay por fortuna trabucos en tanta abundancia como en las huertas de la inmediata provincia de Alicante. Solo Elche y Orihuela poseen mas trabucos que los berrios madrileños de Lavapiés y Maravillas.

Con la pintoresca ermita de la Fuera-Santa se completa el cuadro de lo que se vé desde la torre de la catedral. No hay que buscar en Murcia otros espectáculos de primer orden, excepto en la misma catedral una capilla que merece artículos aparte. Hagando luego á la población, lo que se encuentra de mas bello es un paseo titulado de Florida-blanca por la estatua del ilustre murciano que entre sus flores y sus frutas descuella. El del Malecon, que corre á la orilla del Segura mirando á poniente, es según lo indica su nombre una simple muralla destinada á impedir que invada el río la huerta; mas como el paseo la invade á su vez tiene magníficos puntos de vista. A la orilla de la tarde en particular, cuando los pájaros despiden al sol, cuando el Segura suspende sus quejidos, y las ranas y los insectos de la noche destemplan armónicamente la música de la naturaleza, se ven desde el Malecon dibujadas en el purpúreo cielo las gigantes palmeras de las cercanías, símbolos de la inteligencia humana que desdeña la tierra en la que solo vive su cuerpo miserable. Esta es la única hora en que deja su nido alguna lánguida murciélana. El resto del día como no sea de misa, no se vé por las calles una sola mujer. Los cafés de Murcia nada tienen de particular, y mucho de malo; pero en cambio el casino es una verdadera perla. Excepto el de Cadix, no he visto ninguno que se le aventaje en elegancia y riqueza. Aunque algunas posadas se pavonean con el título de fundas, solo se vive confortablemente en la fonda francesa, establecida en la casa que fué Cárcel de la Inquisición. El comercio, reducido á la exportación del esparto y de las frutas, es átes pebra, que otra cosa. Indolentes, como todos los españoles, estos murcianos no han estudiado siquiera el medio de que sus riquísimas frutas duren lo suficientes, ora sea estrayéndolas al aire, ora someténdolas á otro procedimiento, para exportarlas al extranjero por el vecino puerto de Cartagena. Ignoran quizás que los industrioses ingleses surten á todas las Américas de frutas españolas, que parecen racion cogidas del árbol?

ANTIGUALLAS BANCIAS

MANDADAS A RECOGER Y QUE SACA A LUZ

Fernan Caballero.

Si existe alguien que haya leído todo lo que hemos escrito, lo que no es probable, pero tampoco es imposible, habrá notado que es nuestro anhelo, nuestro afán y nuestra especialidad el buscar orígenes y causas á las cosas, sacar consecuencias y conjeturas, y escudriñar el *porqué* de aquellas mismas. En este ramo tememos mucho el llegar á ser una *notabilidad*.

Este nuestro sistema es el que se practica hoy día para escribir la historia; nosotros claro es que no nos metemos en cosas tan graves ni en tales honduras, y que con el indicado moderno sistema solo tratamos de asuntos de *academias abajo*, sacando nuestras noticias de tradiciones, romances, consejas y creencias populares. Todo el mundo ha manoseado estos datos que nos es tan grato poner en relieve sin



(Napoleon, primer cónsul.)

darles valor cual lo hacían los Indios con el oro antes que los Conquistadores lo valorasen, como lo harán las futuras generaciones cuando florecen estas cosas perdidas. Nosotros tenemos el placer de haber explotado con fruto estas ricas minas; así es que hemos averiguado que el álamo blanco fué el primer árbol que hizo el Creador, que por consiguiente es el más viejo, y que por eso está como el Adán vejeal; igualmente hemos sabido que la serpiente andaba derecha, erguida y orgullosa con su triunfo en el paraíso, pero que habiendo la Santa Familia en su balda á Egipto encontrado á una entre unas brujas, le quitó morder al niño Dios, y que San José indignado le dijo para pararla: «cabe, soberbia, y no te vuelvas á levantar» y que desde entonces se rastreó. Sabemos también que los aspos y culebras existen con solo el fin de absorber en sí los venenos de la tierra (!); en fin, muchas otras cosas que hemos trascrito ya, y otras que transcribiremos, pues todo se andará si la roca no se rompe.

Pero entre estas cosas hay una que vamos á consignar ahora de miedo de morirnos del cólera, y que baje al sepulcro con nosotros, pues ya no existe apenas y con ella desaparecerá su recuerdo.

(1) Doscientos millones añado que no pudiendo los aspos y culebras bajar á nosotros en las barreretas de los periódicos políticos para con nosotros.

Quando la fe llena los corazones hasta hacerlos rebosar, eran traídas á miles las ofrendas y los exvotos al templo del Señor; hoy día que somos ilustrados, empleábase de otro modo el oro, las cosas selectas y las artes, puez como dice el poeta (1)

En el siglo diez y nueve
Nadie á tener fá su áyrea,
Y no hay quien en milagros crea.

Dijo está... nos equivocamos, mal está.
Los primeros huevos de avestruz, que en sus viajes por África tuvieron haber los españoles, fueron depositados como una maravilla, sea como exvoto, sea como ofrenda en las iglesias, en las que sujetas con lazos de vistosas cintas colgaban ante los altares como adoración de gran valor. Aun se ven en pueblos humildes, ante un modesto altar, algunos de esos enormes huevos que parecen melones de porcelana con sus ajados y descoloridos moños. ¿Quién los trujo? ¿dónde se los halló? ¿quién los cogió en aquel lugar? Al mirarlos asaltan la mente estas preguntas, que lanzan al sentir y á la imaginación en el vasto campo de conjeturas insuperables, pero todas dulces, santas y románticas.

El pueblo español, que tiene una imaginación que siente, no pudo ver el objeto material sin adherirle una idea; le hizo un simbolo su ferviente corazon. La idea adaptada para los hermosos huevos de avestruz colgados ante los altares, es la siguiente que sabiamente califican los santos de la *deprecación*, de fanática ó supersticiosa, adúltera, y que miligramos á los misioneros protestantes que nos honran, como mortífera arma contra los ignorantes y malvados papistas.

Diz que el ave que pone esos huevos que parecen de mármol no los puede sacar porque no los puede cubrir, ni su calor basta á traspasar la dura concha; pero tiene este pájaro tal fuego en su mirada encendida por el ansia de sacar á sus hijos, que mirando los huevos de continuo y sin distraerse con esa ansia, ese amor y esa consagración penetra el cascarón y saca á sus pequeños. Así es que pueden estos huevos ante los altares de que se celebra el santo sacrificio de la misa para enseñarnos que fijemos el altar con el mismo amor, con la misma ansia y sin que nada nos distraiga. ¡Oh poetas! si queréis mover el corazon, lo que es vuestra misión, aprended algo menos en las aulas y algo más del pueblo que sencillamente cree y siente...

Reflexionemos ahora algunas etimologías de dichos y refranes que se han hecho sumamente conocidos, sin haber necesitado producir su procedencia. La primera será la del conocido dicho: *alli me las den todas*. Había una vez un tramposo que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: Señor, cuando voy á notificar algo de parte de V. S. ¿á quién represento? A mí, contestó el juez.—Pues señor, prosiguió el alguacil señalando su capullo, á esta cara de V. S. han dado una bofetada. Ahí me las den todas, repuso el juez.

Esta es la del otro dicho: *quien no te conozca te compra*.

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que había feria. ¿Cómo haríamos para divertirnos? dijo el uno al pasar por una quieria en la que estaba un horrico sacando agua de la noria.—Ya sé con el medio, contestó otro de los tres; ponedme á la noria y llevaos el horrico, que venderé á seguida en el Rastro. Como fué dicho fué hecho. Después que se hubieron alojado sus compañeros con el horrico se paró el que había quedado en su lugar... ¡Arre! gritó el hortelano que trabajaba á alguna distancia. El horrico improvisado no se movió ni sacó la esquila. El hortelano subió á la noria, y cual sería su sorpresa al baltarse su horrico convertido en estudiante. ¿Qué es esto? exclamó; mi noria, dijo el estudiante, unas piedras brutas me convirtieron en horrico, pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento y he vuelto á mi primitivo ser. El pobre hortelano se desesperó, pero qué había de hacer? le quitó los arcos y le dijo que se fuese con Dios. En seguida tomó tratamiento el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio horrico. Apenas lo vió, cuando echó á correr exclamando: *quien no te conozca, te compra*.

Otro dicho es, *yo te conocí ciruelo*.

En un pueblo quisieron tener una eligio de San Pedro y para el efecto le compraron á un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluida la diligie y puesta en su lugar, fué el hortelano á verla, y notando lo malada y débil de su ropaje le dijo:

glorioso San Pedro
yo te conocí ciruelo,

y de la fruta comi
los milagros que tú logras
que me los cuelgan á mí.

El que tiene capa, escapa, proviene de cuando se hundió el puente de levo en el Puerto de Santa María por la gran cantidad de gente que se aglomeró sobre él. El capitán general O'Neir, había prohibido para evitar desórdenes y robos, que se dejase pasar á los que llevasen capa, por lo cual ninguno con capa cayó al río.

Es muy usual el ponderar la pobreza de un individuo, diciendo que está á la *cuarta pregunta*. Deriva esta asercion de que en los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta*, en los términos siguientes:

Cuarta: ¿si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera, que cifre su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?

ULRICO DE ANBUZ.

(Conclusion.)

- En mí mono.
- No habrá necesidad de cargar mas que una, no es verdad?
- Como queráis.
- Cargualé, pues.
- Es cosa que no entiendo. Vos sois militar y os corresponde de derecho.

—Dádmola.

Cargó el jovencillo una pistola, cogió la otra y en seguida metió las dos en un saco que alargó á Ulrico, diciéndole: Elegid. Metió este bruscamente la mano, y sacó una pistola.

—A dos pasos, dijo el jóven; montad, que yo cuento los golpes al tercero, luego!... Uno... dos... Aguardad... se me ocurre una idea. Una cosa no hemos previsto, y es que ni una ni alio queremos pasar por asesinados, no es verdad? Escribiremos, pues, con lápiz en un papel nuestra resignación conformidad á este deseo.

—Todo lo que queráis, dijo Ulrico. Escribid, que yo firmo.

Pero era el caso que ninguno de los adversarios tenía papel ni lápiz.

—Lo dejaremos para mañana, dijo Ulrico.

—No, respondió con viveza el hermano de Margaritis; no, son hoy es demasiado tarde. Mañana he de estar vivo en Tolón ó sea hecho he de quedar muerto en el puente de Gard y al decir esto echó una mirada sobre el doble abismo que caía perpendicularmente debajo de sus pies.

—Todo puede arreglarse, dijo repentinamente, vos tenéis vuestra pistola, yo tengo la mía; guardemos nuestra suerte: estended vuestra brazo, como yo, sobre el precipicio, y firemos del gatillo. El que tenga descargada su pistola se precipitará en el abismo, y de este modo creerán que ha sido un suicidio. No es verdad?

Convencidos, dijo Ulrico; esto me acomoda tanto mas cuanto que acabo de dejar á un amigo, persuadido de que iba á suicidarme. Cuándo gustéis, señor.

Los dos adversarios apoyaron sus armas sobre el tronco de un buque salvaje que salía de la cornisa del acueducto. Al dar la señal, no se oyó mas que un tiro: la pistola de Ulrico habia hecho fuego. Arrojó el manco lo suya y se lanzó al abismo.

Cogió Ulrico en el aire; pero con el esfuerzo, perdió tierra y quedó suspendido sobre el horrible precipicio; pugnaba el jovencillo por desasirse de la vigorosa mano que lo sujetaba en la vacilante empuñadura. Ulrico, para dar un punto de apoyo á su fuerza, abrazaba estrechamente una rama de higuera, á cada sacudimiento caugia el árbol con espantoso ruido, y caían al río trozos enormes de cortiza. Hizo por fin el atleta montañas un esfuerzo supremo; soltó el árbol en el momento mismo en que el vesido del manco se desgarraba ya entre sus uñas convulsivas; cogióle con ambas manos y se enderezó otra vez con su carga semejante á un Altides en los cirios olímpicos. Un espantoso trueno resonó en el acueducto, que pareció un aplauso de anfiteatro en aquella sublime escena.

—Dejadme morir, exclamó el jóven, pugnando rabioso por desprenderse; ¡no me deshonreis dos veces!

—Venid, venid, exclamaba Ulrico, quiero devolver su hijo á vuestro padre.

—No, no, es inútil... yo volveré mañana solo, y me mataré en este mismo sitio.

—¡Pues bien! Me casaré con vuestra hermana.

Estremado Ulrico por tan valerosos esfuerzos, y sobre todo por el

que le costó pronunciar esta última palabra, había dejado en libertad al hermano de Margarita; alargóle una mano que este apretó cordialmente.

Bajaron silenciosos por la estrecha vereda y montaron á caballo delante de la gruta de los Gitanos.

—Al castillo de Remoulens, dijo Ulrico.

—Sí; nunca es demasiado tarde para hacer una buena acción.

—Vuestra hermana estará seguramente muy adolorida.

—¡Oh! Mi hermana está moribunda desde la noche del baile.

—¡Ah! Si supiérais cuánto sufre antes de decidirme á dar aquel escándalo! ¡La muerte me hubiera sido mas agradable!

—Ya lo creo, señor.

—¡Ah! Tal vez yo no conocía bien á Margarita... La creía ligera, fría insensible, evaporada; y yo, yo tengo tanta necesidad de un alma de fuego que correspondiera á la mía!

—Sí; habíais juzgado mal de mi hermana... Si creyera que no os había de hacer feliz, yo sería el primero que se opusiera á este matrimonio; porque sois muy digno de ser feliz; Ulrico, aunque niño, me parece que he comprendido el temple de vuestra alma.

—¿No teméis que mi presencia ocasione en vuestra hermana algún movimiento de alegría peligroso en su estado de debilidad?

—Sin duda alguna... será mejor prepararla.

—¿Sabéis algo de nuestro desafío?

—No; es cosa que no he comunicado á nadie. Me suponen en el teatro de Nimes.

—Bien hecho... Qué deliciosa noche! cómo calma nuestra agitación el respirar la frescura de este bosque, no es verdad?

—Ya me siento renovado en mi existencia, me parece que voy mas ligero sobre el caballo y que acabo de salir de una enojosa pesadilla. Dadme la mano, Ulrico, mi libertador, mi hermano...

—Gracias, gracias por vuestro cariño ¡Oh, cómo me late el corazón!... Ya estamos en el puente colgante de Remoulens.

—Esto no es tan peligroso como el de Gard.

—Me parece que veo luces en el castillo... oidme... pasaremos el puente; y entraremos en la alameda á pié para arreglar nuestros vestidos que están horrosamente destruidos.

Desmontáronse despues de pasar el puente, y entraron en una quinta donde repararon como mejor pudieron el desorden de sus trajes. No se había engañado Ulrico, pues se divisaban muchas luces en la casa de campo. Los dos jóvenes se acercaban con una especie de timidez.

—¿Si me oye oírían mis oídos? dijo Ulrico riéndose; me parece que oigo el piano.

—Cómo el piano á esta hora! es imposible... mi hermana no ha tocado el piano desde... á no ser que toque la *Loca de Grisar*... ó alguna otra pieza análoga á su situación... como el andante de la *Sinfonía en do menor* de Beethoven...

—¿Volo va? dijo Ulrico, tengo yo algun diente en los oídos? Me parece que oigo una contadanza, la esencia...

—Qué! Imposible... *lara-lara-lara... tra-la-ra...* es el andante que os he dicho... la *Loca de Grisar*.

—Es increíble, mis oídos mienten...

—Ciertamente.

—Pero si están bailando... os digo que están bailando.

Enmudeció el manco; Ulrico atravesó el ventador y se puso á mirar por las persianas del salón.

Hizo en seguida una seña al hermano de Margarita que se acercó con la cabeza baja.

El conserjero municipal tocaba un rigodon en el piano. Una cargada resonó por toda la sala. Reconoció Ulrico á la que tan destempladamente reía. Margarita brillando con la luz de una inalterable alegría, con un vestido blanco de batista, los cabellos trenzados con dos medallones de cristal bailaba el *sole* de la *Pastorella*, mientras su padre ofrecía refrescos á la tertulia.

Inclinóse Ulrico al oído del manco, y le dijo: ¿Queréis volver al puente de Gard?

—Ya os entiendo, respondió el hermano de Margarita, con los ojos arrasados en lágrimas; y dándole un abrazo, exclamó entre sollozos: ¡Adios! ¡Nunca nos volveremos á ver!

Ulrico corrió á la quinta, volvió á montar á caballo, y en tres botas se puso en la posada de Latoux, donde le estaban ya preparando su silla de posta, dos hombres, su criada y Durand.

—Tú aquí, Durand!

—Una hora hace.

—Y bien ya ves qué estoy buena, que no me ha sucedido nada... y que me hallo perfectamente tranquilo.

—¡Oh! qué placer me causa el verte! Dejó que te apretó la mano... ya me explicarás este misterio... adiós y vamos á Nimes; deja ahí tu silla de posta...

—Estoy indeciso...

—¡O! tú no te marches esta noche.

—No sé qué hacer...

—Yo hubiera venido hace dos horas; pero tú has despertado mi casa: mi mujer ha estado desmayada; es tan extraño diariamente sensible... hubo que acordarla... por fin, qué se yo lo que ha sucedido!

Clavó Ulrico los ojos en su amigo, y parecía agitado de una convulsión nerviosa. Por fin, exclamó con voz muy alterada...

—Está resuelta; adios!

—¿A dónde vas?

—Dame un abrazo.

Lanzóse en la calesa y tendió los brazos á Durand que se inclinó quedado inmóvil.

—Voy á la *Thebaída* de 1850... Postillon á escape, camino de Leon por Remoulens.

La manzana de la discordia. En las bodas de Telus y Polos (en la Discordia) sobre la mesa del festín una manzana con esta inscripción: *á la mas bella*. Como es de suponer, se armó una gran disputa sobre quien sería esta.

El pastor Páris fué elegido por juez en la contienda, y dió la manzana á Venus.

El cuerno de la abundancia. Saturno, el tiempo, se comía á sus hijos. Su mujer Vesta, la tierra, cuando parió á Júpiter, lo amamantó y dió para que lo criase á Amaltea que cuidó de él, y lo nutrió con el leche de una cabra. Para recompensar á Amaltea y á las niñas que habían cuidado de su infancia, Júpiter les regaló un cuerno de la cabra que lo crió, al que dió la virtud de producir cuanto se le pedía. Como en aquella época lo que deseaban los hombres eran los bienes que producía la tierra, vemos siempre pintado el cuerno de la abundancia, rebosando frutas, espigas y flores. Si fuese de invención moderna, se le vería producir monedas, cruces, bandas, y nombramientos de diputado.

La cabeza de Medusa. Medusa era hija de Ceta y del dios marino Forcus. Tuvo amores con Neptuno, y se vieron en el templo de Minerva. Esta diosa indignada de semejante sacrilegio metamorfoseó los cabellos de Medusa en serpientes y dió á su cabeza la virtud de cambiar en piedra á todos los que la mirasen. Perseo, conducido por Minerva le cortó la cabeza que Minerva puso en su escudo. De la sangre de Medusa nació el caballo Pegaso, el que con una patada que dió en tierra hizo brotar la fuente Hipocrenes, que es el manantial mas inagotable de cuantos se conocen.

Lúculus, cena en casa de Lúculus. Era este un romano riquísimo y muy suntuoso y sobre todo amigo de vivir bien. Todas las noches daba espléndidos banquetes, y en una ocasión en que cenaba solo habiendo notado que había menos platos, preguntó al mayordomo la causa, á lo que este contestó que era por estar solo el señor. ¿No sabes pues, repuso su amo, que Lúculus cena en casa de Lúculus? con cuya espresion se señala el aprecio propio y la importancia que se dan ciertas gentes fantasmonas y presuntuosas.

El jardín de las Hespérides. Las Hespérides eran tres hijas de Hesperos, hermano de Atlas que tomado en estrella se llama Fosforo cuando antecede á la salida del sol, y Hesperos cuando sucede á la puesta del sol. Poseían sus hijas un magnífico jardín que producía manzanas de oro, y era guardado por un dragon que mató el nunca bien ponderado Hércules.

El cinturón de Venus. Inspiraba este adorno de la diosa de la hermosura tan irresistible amor, que la diosa Juno se lo pidió prestado para agrandar á su laconante marido Júpiter.

El hilo de Ariadna. Minos III rey de Creta labró un laberinto para encerrar á un monstruo que era medio toro, medio hombre, que se mantenía de carne humana y al que todos los años se le echaban siete jóvenes que devoraba, no pudiendo estas salir ni hallar la salida del laberinto. Tocó un año á Theseo el ser victima del minotauro, y siendo amado de Ariadna hija de Minos, esta le dió un ovillo de hilo para que atase un cabo á la entrada del laberinto, y así pudiese volver á hallarla guiado por el hilo, y pudiese salir, lo que logró despues de haber matado al monstruo.

El sombrero de Merlín. Merlín era un inglés que en el quinto siglo hizo mucho ruido y fué reputado por un gran mágico. Hacíase que había traspuesto de Irlanda á Inglaterra las grandes rocas que se levantan en Salisbury. Hizo muchas profecías: nada de extraño es que se le atribuya á su sombrero la virtud de hacerlo invisible.



LA VERBENA DE SAN ANTONIO.

A D. ANTONIO DE GONGORA.

El Manzanares.

Manzanares, que disfrutas
la fama de silencioso
¿cómo sufres en tu casa
tanta bulla y alboroto?
—No hay en la mia algazara
ni yo me altero tampoco:
es en casa de un vecino
que llama la corte, Antonio.
Reniego yo de esos hombres
tan amigos de jolgorio...
—Déjale en paz, no murmures,
porque yo murmuro poco.
—¿Y tú no vas á mezclarte
entre esa turba de locos?
—Se gastan muchos caudales
Y yo no soy caudaloso.
No me vuelvas con preguntas
qué me voy quedando ronco
y se me seca el gaznate
si otra palabra respondo.

II.

La Verbeza.

¿Dónde va usted niña hermosa,
con ese paso de reina?
—Voy á gozar esta noche
del fresco de la verbena.
Ya con sus toques nos llaman
las campanas de la iglesia,
quiero ver á San Antonio
que es patron de las doncellas.
—Pues aseguro que el santo
no tendrá gran clientela.
—De mozas y de galábes
poblada está la ribera.
—Aun están, niña preciosa,
mas pobladas vuestras cejas.
—Guitarras traen los unos
y las otras castañuelas.
—Las unas traen ojos negros
los otros patillas negras.
Bien resuenan las guitarras,
mozos templados las templean.
Bien las castañuelas tocan,
tales niñas las manejan.
Ya forman círculo todos
ya la danza se comienza,
ya con su voz argentina
coplas canta una morena.
—Todo es placer y bullicio,
todo confusion y gresca.
Uno prégoná á este lado
de Fuenlabrada las buenas,
otro en aquel nos ofrece
aguardiente y aniseta.
Aquí San Antonios venden
acá rosas y azucenas,
allí veraniegos jarros
allá licor en botellas.
Muchachas de quince años
transitan por la arboleda;
alimbarados manebos
corren ardientes tras ellas.
—Casadas van con solteros
y maridos con solteras:
todos frenético gozó
en su semblante revelan.
Aquí se vé el mundo nuevo
allí se ven muchas viejas...
—Tanta apretura fatiga
tanto desórden marea.
—¿Queréis, hermosa, marcharos?
—Marchemos en hora buena.
—En aquel bosque sombrío

estareis menos estrecha.

—Vayamos, pronto, vayamos
¡Jesús y qué polvareda!

III.

Despues de la verbena.

San Antonio, que descubres
cuanto se suele perder
entre aquellas apreturas
un pañuelo se me fué.
—Yo he perdido mi dinero
por convidar á Isabel
y despues que se ha atracado
me muestra ceño y desden.
—Yo he perdido mis zapatos
por bailar con tanta fé;
hermana de las Descalzas
desde mañana he de ser.
—San Antonio, que descubres
cuanto se suele perder,
una flor que al venir traje
yo no sé donde la eché.
—Yo por subir al *lio vivo*
he perdido á mi mujer
pero siempre que se pierde
se la encuentra don Miguel.
—Yo he perdido... la cabeza
en una riña cruel,
pero vendré á tu verbena
mientras conserve los piés.

V. MARTINEZ MULLER.

13 de junio de 1858.



(Idolo chino.)

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario é Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.